

Cuartel General de la Musashigawa Beya en Kansai Indescriptible como poco

por Mark Buckton

¡A varios saltos del centro de Osaka se encuentra una indescriptible estación de una indescriptible línea rodeada de edificios indescriptibles en calles indescriptibles! Siendo indescriptible es una zona realmente no vale la pena visitar, si no fuera por el hecho de que enclavado entre todo esto se encuentran los cuarteles de la Musashigawa Beya en Kansai.

La instalación de la heya; el término «edificio» parece demasiado bueno dada la destartalada colección de estructuras prefabricadas donde se encuentra el dohyo y las instalaciones para dormir, está situado a diez minutos o así a pie de la estación, se supone que la zona es muy tranquila, en un rincón olvidado de la segunda ciudad de Japón. Me llevó varios

intentos localizar el sitio, y sólo con la ayuda de una buena mujer de la zona que me guió hasta un edificio ante el que ya había pasado ¡dos veces!

¡Hablar de lo indescriptible! ¡Ni siquiera lo había visto!

Marcado por sólo un par de banners (atados a sus postes y casi irreconocibles por la constante lluvia), el sitio está a unos 15 metros por detrás de la pequeña, lo adivinaste, indescriptible calle, a través de un embarrado aparcamiento.

Un giro a la derecha y a la derecha de nuevo, casi rodeando la parte posterior de la estructura principal, nos conduce a una simple puerta corredera, donde se dejan los zapatos, nos encontramos con un escalón muy

alto y un suelo de madera que rodea el espacio. Una vez más a la derecha, se abre en una keikoba comparable en tamaño a la instalación en Arakawa-ku en Tokio.

En términos de materiales de entrenamiento parece idéntico al de casa, incluso las bolas de granito utilizadas por los rikishi de la Musashigawa para fortalecer la espalda inferior y los muslos y para realizar suriashi habían sido enviadas a Osaka. ¡Incluso había una imagen (¿o dos?) del oyakata con su antigua tsuna!

El teppo está colocado en un lado, y 10 metros delante del área de entrenamiento está, de vuelta del extremo oriental de la Tokaido el oyakata; ex yokozuna Mienoumi.

Con Musashimaru y Musoyama



sentados a su derecha, el último de ellos grabando los combates, y el antiguo Wakanoyama a la izquierda al lado de un gran espejo, el escenario estaba listo para uno de las más duros pero eficaces sesiones de asageiko que el mundo del pro-sumo verá, los preparativos de la Musashigawa para el día. Lamentablemente, no se materializaron.

Durante una visita con un miembro de los medios de comunicación de EE.UU. que trabajan en una historia relacionada con el sumo, nos sentamos junto a 15 ó 20 lugareños junto a la pared trasera - jóvenes y adultos - algunos, como un muchacho con un uniforme de béisbol, cuya 'yakyu' presumiblemente se había caído por la incesante lluvia, bostezando gracias a la relativamente temprana hora en que se llevaba a cabo el entrenamiento.

Siendo la mañana del día 12 del reciente Haru Bashi, y con los sekitori de la heya sin ser capaces de impresionar diariamente a unos cuantos kilómetros en el Gimnasio de la Prefectura de Osaka, el calor

estaba dentro, el jefe estaba fuera, balanceando su 'palo de estímulo', que al menos una vez hizo contacto con (en ese momento makushita) Bushuyama.

La sesión fue varias veces interrumpido por la llegada de los sekitori - Kakizoe, Dejima y Miyabiyama - y la cacofonía de saludos necesario que marcan los grados de antigüedad, la asistencia de los al oyakata y de los rikishi a los sekitori. Como es norma en estas ocasiones, se ofrecieron cucharones de agua, se aceptaron y se escupieron.

Miyabiyama, por alguna razón, se puso un enorme vendaje que parecía similar a los apósitos militares británicos de la Segunda Guerra Mundial, pero que no le impidió atacar con la cabeza durante las primeras horas de la mañana o más tarde el mismo día, durante su impresionante festival de bofetadas y victoria sobre el hombre de la Prefectura de Ibaraki, Kisenosato.

Dejima parecía cansado como pasa demasiado a menudo hoy en día, limitado en términos de kimarite

para uno de su peso, y pareciendo un niño bajo el clima al igual que Kakizoe que, a pesar de su historia y de sus ráfagas de velocidad en el tachiai parecía perder más de lo que ganaba.

El caso es que el que las nubes y la humedad de principios de la primavera fuesen pasando factura mientras el torneo entraba en la recta final es algo que sólo los rikishi sabían, ¡y pocos lo admitían! Sobre las nueve y media, sin embargo, la sesión iba terminando, los sekitori evidentemente pensaban que ya habían hecho suficiente por el día y los oyakata habían salido todos de la keikoba.

Así que estábamos de vuelta en el embarrado aparcamiento, preguntándonos que calle indescriptible teníamos que tomar para volver a la estación cuyo nombre habíamos olvidado, tras degustar otra parte del pastel del sumo y sumar una experiencia más.

¡Sólo esperamos que el año próximo, Osaka esté seca!

